

Refranes, adagios, sentencias y locuciones en *Astucia* de Luis Inclán

Entre las novelas mexicanas del siglo XIX, quizá ninguna sea más representativa de la lengua popular que *Astucia*. Su autor, Luis Inclán, había nacido el 21 de junio de 1816 en el rancho de Carrasco, perteneciente a San Agustín de las Cuevas (Tlalpan), pueblo famoso desde los tiempos virreinales por sus ferias, en las que las peleas de gallos y los juegos de azar atraían a la gente de sus alrededores, particularmente de la ciudad de México.

Después de estudiar las primeras letras en la “Escuela Real” de Miguel Sánchez Alcedón, Luis Inclán ingresó al Seminario Conciliar de la ciudad de México, en donde al cabo de dos años de estudios irregulares, se dio de baja, al parecer porque no le importaban lo más mínimo los estudios de las humanidades. Varios de los Hermanos de la Hoja, los personajes de su novela, viven una experiencia semejante.

Tacho Reniego, el de San Felipe del Obraje, el pariente de don Manuel Posada y Garduño, primer arzobispo de México (1780-1846), nos dice, por ejemplo, que cuando lo llevaron al seminario lo único que hizo fue “perder el tiempo, pues a mi torpeza para los estudios se unía la poca o ninguna voluntad que yo tenía a la carrera literaria” (*Astucia*, I, xiii).¹ Y en efecto, lo que aprendió Luis Inclán durante esos dos años no tiene la menor incidencia en su obra.

Él, como su amigo Lorenzo Cabello, el protagonista de *Astucia*, amaba la vida del campo: adiestrar, colear y lazar caballos; las peleas de gallos, las corridas de toros y, en fin, todo aquello que tenía que ver con la vida de los charros mexicanos. En el prólogo de *Astucia*, afirma:

¹ Cito por mi edición de *Astucia*, que publicarán próximamente el Fondo de Cultura Económica y la Universidad Veracruzana. En ella podrán encontrarse también explicaciones de todos los refranes, sentencias y locuciones que considero que merecen aclaración.

En estos charros se ve patentizado a toda luz el verdadero carácter mexicano y virtudes naturales de los rancheros que figuran como gente de la clase media entre los fuereños en donde ajenos de los fingimientos de falsa política, con la mejor buena fe manifiestan los sentimientos de su corazón, probando con hechos su franqueza, hospitalidad, desinterés, respetos, sincera amistad y cuanto bueno y útil puede tener un hombre para sus semejantes.

La historia de cada uno de los Hermanos de la Hoja (Lorenzo Cabello, Alejo Delgado, José López, Atanasio Garduño, José María Morales y Juan Navarro) ejemplificará “el verdadero carácter mexicano”, narrada en un lenguaje más próximo al de la lengua hablada que al de la lengua escrita, pues, como dirá Luis Inclán al final del Prólogo de los *Recuerdos del Chamberín*, la relación de las hazañas de su caballo la “he tratado de compendiar” “y escribir” “con palabras del dialecto ranchero, que es el único que conozco, pues jamás he estudiado y por lo mismo creo que tiene muchos defectos” (Inclán, 1940: 73). O bien, como escribe en el Prólogo a *Astucia*, que contará la vida de Lorenzo Cabello, valiéndose del “propio dialecto” de su protagonista “para no desfigurar los hechos, omitiendo preludios, pinturas poéticas, elevados pensamientos y demás disertaciones”; es decir, que en “términos sencillos y naturalidad de nuestras costumbres van puestos sus propios raciocinios”.

Nada tiene de extraño, después de estas declaraciones, que el lenguaje de sus personajes y el del primer narrador, sean un fiel reflejo del habla popular mexicana del siglo XIX, en particular, del habla de la gente del campo, pues como dijo antes, sus personajes son “fuereños”, es decir, gentes que no radican en la ciudad de México.

Carlos González Peña ha sido uno de los primeros en estudiar la lengua de *Astucia*:

Nunca, y por manera tan espontánea, se ha reunido un repertorio tan vasto de palabras, locuciones y giros peculiarísimos del pueblo mexicano. Jamás novelista alguno nacional supo hacer hablar a sus personajes con la fidelidad y abundancia con que él lo hace; ni describió con tan nimio apego y vario colorido, mediante las peculiaridades del lenguaje, nuestros tipos y costumbres, nuestros paisajes, nuestras cosas nacionales y tradicionales (1947: 100-101).

En este sentido, los refranes, adagios, sentencias, locuciones y, en general, las palabras que utilizan sus personajes, son otros tantos índices de su manera de pensar y de ver la vida. En el caso de don Juan Cabello, padre de Lorenzo, y de don Casimiro López, padre de Pepe “el Diablo”, hombres orgullosos de su pasado, por haber militado en las filas insurgentes en defensa de la independencia de su patria; y en el caso de ellos y de sus hijos, todos hombres pundonorosos que tienen en alta estima virtudes como la sencillez, la honradez, la amistad, la lealtad, la sinceridad, la caridad, la gratitud, la justicia y el amor al trabajo.

Ahora bien, junto a los refranes o adagios, en *Astucia* tenemos también sentencias de origen culto o libresco, que, asimiladas por el lenguaje popular, Inclán pudo haber aprendido en su vida cotidiana o bien haber leído en los libros que trabajaba en su imprenta de la cerca de Santo Domingo o en la de San José El Real. Se sabe que de sus prensas salió una edición de *El Jarabe* (1861) de Niceto de Zamacois y *El Periquillo Sarniento* (1865) de José Joaquín Fernández de Lizardi; e indudablemente, aparte de *Los tres Mosqueteros* de Dumas y de algunas novelas de folletín, una de sus lecturas preferidas era el *Quijote*. Especial mención merece el *Periquillo*, una de las obras que, desde un punto lingüístico, más influencia ejerció sobre él. Un estudio comparativo de su vocabulario, incluyendo refranes y sentencias, sospecho que demostraría su indudable filiación.

Entre los refranes o sentencias, algunos proceden de la *Biblia* como “Del cielo a la tierra no hay nada oculto”, “El que busca el peligro, en él perece” o “Padece persecución por la justicia, y ha de ser sin duda un bienaventurado”; otros están emparentados con el pensamiento de Séneca, como “En el seno de la amistad se alivian los pesares” o “La conversación es pasto del alma”. “El tiempo, ése es el único que hace olvidar un tanto lo pasado, que advierte lo presente y nos alumbrá para lo futuro” no es más que, como se sabe, una interpretación muy libre de la conocida definición que Cicerón da de la Historia. El “*Audaces fortuna iuvat*” se ha vuelto tan común, que casi se ha olvidado que procede de la *Eneida*, así como el “*Tempus irreparabile fugit*”. El “Mentir como un sastre” nos hace pensar en Quevedo por la imagen del sastre ladrón que inventa mil explicaciones para justificar la sisa del paño; o el “Mentir como un villano” parece remitirnos al lenguaje del *Romancero* o al del

teatro de los Siglos de Oro. “Paciencia y barajar” se encuentra en el capítulo XXIII de la Segunda Parte del *Quijote*, cuando Don Quijote comenta sus aventuras en la Cueva de Montesinos. Así como el “No hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague” procede de *El Burlador de Sevilla* de Tirso. El “Todos para uno y uno para todos” ha sido considerado como un escandaloso plagio, cuando no debe considerarse más que como un homenaje al autor de *Los tres Mosqueteros*.

Algunos refranes aparecen ligeramente modificados con propósitos humorísticos, como el “No hay mal que de mujer no venga” o el “Ser liebre corrida con más agallas que un ciprés”, en donde se juega con la significación de *agalla* en su sentido de ‘experiencia’ o ‘astucia’ y el de ‘piña’ como fruto del ciprés. El “Yo te cantaritos con quién querubines casaca esa tepistoca” con el significado, según Hugo Aranda Pamplona, de ‘Yo te contaré con quién quiere casarse esa buena moza’, imposible es saber si lo encontró Inclán en la lengua popular o es creación suya.

Finalmente sólo quiero recordar —verdad de Pero Grullo— que a pesar de que los refranes, adagios o sentencias funcionan como entidades autónomas, éstos, en *Astucia*, sólo adquieren su verdadero sentido en la narración o en los diálogos de los personajes, y es aquí en donde debe estudiárseles, pues sólo de esta manera podrá valorarse su arte de la lengua hablada, tan noble como el de la lengua escrita.

MANUEL SOL

Universidad Veracruzana

A caballo andan los hombres... (El refrán completo dice:

“A caballo andan los hombres; en mula, las mujeres; y en burro... ya saben quiénes”) (I-ii)

A dónde ha de ir el buey que no are (I, iv)

Adonde acaba el perro concluye la rabia (I, vi)

Ahogarse en poco agua (I, i; II, i)

Al que tiene caballo, todos le dan caballo (II, iii)

Alzar escobeta (I, xii; II, i)

Alzar pelo (I, xii)

A otro perro con ese hueso (II, i, v)

- A rey muerto, príncipe coronado (I, xiv)
 A ver si como ronca duerme (II, iv)
 Agachar la cabeza y coger el yugo (II, vii)
 Al mejor tirador se le va la liebre (II, iii)
 Al ojo del amo engorda el caballo (II, ii)
 Al que le venga el saco que se lo ponga (I, xiv)
 Al que se le duerme el gallo... (I, xv)
 Andando, que el sol se mete (I, vii, xiv, xvi; II, iv)
 Andar con el Jesús en la boca (I, vi, viii)
 Andar de Herodes a Pilatos (II, vi)
 Apestarle a alguien el pescuezo a lazo de puerco (I, vi)
 Apestarle a alguien el pescuezo a palo seco (I, xi)
 Apestarle a alguien las costillas a leña (I, i)
 Armarse con el santo y la limosna (I, ii)
 Arrieros somos y en el camino andamos (I, xii)
Audaces fortuna iuvat (II, viii)
 Aunque la mona se vista de seda, si no muda de especie,
 mona se queda (I, xiv)
- Bailar en Belén (II, vii)
 Buscar el gato en el garbanzal (I, iv, xvi)
 Buscarle tres pies al gato (I, ii, xv)
- Cada cual se rasque con sus uñas (II, i, xiv)
 Cada oveja con su pareja (I, xv; II, xiv)
 Cada rato nos han de traer al retortero (I, vii; II, i)
 Caerse el gozo al pozo (I, ii)
 Caras vemos y corazones no sabemos (I, ix)
 Carbón que ha sido lumbre, con facilidad se prende (I, xiv; II, i)
 Ciertos son los toros (I, ii, iii)
 Clavar el pico (I, xv)
 Comerle a alguien el trigo (I, vii, x, xii; II, x)
 Comulgar con ruedas de molino (I, xiv)
 Con astucia y reflexión, se aprovecha la ocasión (I, vi, vii, xii, xiv;
 II, viii, ix, xii, xiii, xiv)
 Con dinero baila el perro (I, xii)

Con el tiempo y un ganchito... (I, iv, v)
Con paciencia se gana el cielo (I, xvi; II, xi)
Consejos no pedidos los dan los entrometidos (II, i)
Coronar la obra (II, vii, viii)
Creer en el tecolote (I, xv; II, i, iii)
Cristo con todos (II, i)

Chillarle a alguien el cochino (I, iii; II, vi, viii, ix)

Dando dando pajarito va volando (II, i)
Dar atole con el dedo (II, i, viii)
Dar de mano a alguien o alguna cosa (II, i, v)
De la mano se le ha volado el pájaro (I, xii, xv; II, iii)
De la vista nace el amor (I, ix)
De tal jarro, tal tepalcate (I, xv)
De tal palo, tal astilla (I, xiv)
Dejarse pisar la cola (I, ii)
Del cielo a la tierra no hay nada oculto (II, vi)
Del dicho al hecho hay mucho trecho (I, vii, xiii)
Dicen que no hay aquilón que rompa el coche (II, viii)
Dios castiga sin palo ni cuarta (II, i, v)
Donde hay bueno, hay mejor (I, xii)

Echar a alguien a roncar (I, ii, xi, xii, xv, xvi; II, i, iii)
Echarle a alguien el caballo (II, xiii)
Echarle a alguien la mula (I, xi, xiv; II, i, viii, xiii)
Echar la casa por un balcón (I, xv)
El encino no puede dar más que bellotas (I, xv)
El hombre pone y Dios descompone (II, viii)
El hombre pone y Dios dispone (II, viii)
El honor de una mujer es un espejo que todo el mundo
debe ver siempre limpio (I, iii)
El llanto tras el difunto (I, vi; II, vii)
El pan ajeno hace al hijo bueno (I, iv)
El que asno va a Roma, asno se torna (I, xiii)
El que boca tiene a Roma va (II, vii)

- El que busca el peligro, en él perece (I, vi)
 El que hace un cesto hace ciento (I, vi)
 El que no se arriesga no pasa la mar (I, iv)
 El que por su mano se lastima que no gima (I, xiii; II, vi)
 El que se queme que sople (II, xiv)
 El que viene atrás que arree (II, xiv)
 El tiempo vuela (I, iv, v)
 El tiempo, ése es el único que hace olvidar un tanto lo pasado,
 que advierte lo presente y nos alumbra para lo futuro (I, iv)
 En caliente se pega el fierro (I, ii, xiv, xvi)
 En el seno de la amistad se alivian los pesares (II, viii)
 Enfrijolarse un asunto (I, xv; II, i, v)
 En la cama y en la cárcel se conoce a los amigos (I, ii)
 Enredar el trompo (I, viii, xiii, xiv; II, v)
 Entrar en muda (I, i, viii)
 Entrarle a alguien corvas (I, vii)
 Entregar las cuentas del Gran Capitán (I, iii)
 Enyerbar coyotes (II, v)
 Es un bribón de siete suelas (I, xi)
 Es un pícaro de siete suelas (I, ix)
 Ese dinero mal adquirido es como el del sacristán, cantando
 se viene y cantando se va (II, i)
 Estar de tiros largos (II, x)
 Estar peor el remedio que el mal (I, vi, xv)
 Estacar la zalea (I, ii, v, vi)
 Estar algo color de hormiga (I, iv)
 Estar como agüita para chocolate (I, ii)
 Estar en Jauja (I, xiii; II, ix)
 Estar en su mero tejocote (I, xii)
 Estar en sus trece (I, xiv)
 Estar enchilado (II, iii)
 Estar hecho una ascua (I, viii, xi)
 Estar hecho un basilisco (II, vii)
 Estar como los pollos, encañonando y sin plumas (I, iv)
 Estar sin ariente ni pariente (I, iii)
 Estar uno de gorja (II, iv)

Ganar el hocico (I, xv)

Ganar un peso con el sudor de su frente (I, iv; II, vi)

Gastar la pólvora en infiernitos (II, vii)

Haber gato encerrado (I, v)

Hacer castillos en el aire (II, vii)

Hacer con alguien cera y pabilo (I, xv; II, v)

Hacer de tripas corazón (I, xvi; II, viii)

Hacer el oso (II, i, xiii)

Hacerle a alguien títere (II, i, ii, vi, xii)

Hacer la guanta (I, xv)

Hacer la roncha (I, xii)

Hacerse a una (I, x)

Hacer un zapote (II, ix)

Hacerse tablas (II, viii)

Huir de las llamas y caer en las brasas (II, vi)

Importarle a uno un pito (II, i, vii, xii)

Ir a ver si ya puso la gallina (I, vi)

Ir por lana y salir trasquilado (I, xv)

Ir por lana y volver sin pelo (II, ii)

La bebes o la derramas (II, xiii)

La cabra tira al monte (I, xii, xv)

La confianza mata al hombre (II, vi)

La conversación es pasto del alma (II, viii)

La mujer vale por la honra, el buey por el asta y el hombre
por la palabra (I, iii)

La virgen le habla (I, xv)

Ladrón que roba a ladrón gana cien años de perdón (I, v, xi, xii)

La experiencia sólo aprovecha en cabeza propia (II, i)

Las apariencias engañan (I, iii, ix, xiv; II, xii, xiii)

Le he de cargar el matado (I, vi; II, iv)

Llegar la lumbre a los aparejos (I, v; II, vi)

Llevar en el pecado la penitencia (I, xv; II, xi)

Llevarse todo Judas (I, iii, iv, vii, xii, xiii, xiv; II, ii, v, vii, ix)

Lo que se ve no se juzga (II, i)
Los duelos con pan son menos (II, iii, vii)
Los golpes hacen jinetes (I, i; II, i)

Mala la madre, mala la hija (I, xiv)
Más sabe el diablo por viejo que por diablo (II, i)
Más vale una de león que cien de ratón (II, i)
Matar muchos pájaros con una piedra (I, iv; xiv)
Me cogieron a pie aviando a la dama (I, v)
Me gusta dar el alón por comerme la pechuga (I, xii; II, i)
Mentir como un sastre (I, xii)
Mentir como un villano (II, i)
Mucho sufre quien bien ama (II, i)

Nadie diga de esta agua no he de beber, porque en ella se ha
de ahogar (I, ix)
Nadie diga zape, hasta que no escape (I, vi)
Nadie muere la víspera sino el día (I, vi)
Nadie sabe para quién trabaja (I, v)
Ni tanto que queme al santo, ni tanto que no lo alumbre (II, i)
Ninguno conoce el bien hasta que lo ve perdido (II, v)
No apearse del macho (I, xiv)
No era hombre de dichos, sino de hechos (I, xv)
No es el león tan fiero como lo pintan (II, ix)
No es mal sastre el que conoce el paño (I, xv)
No hay hatajo sin trabajo (I, iv)
No hay hombre cuerdo a caballo (I, xv)
No hay mal que de mujer no venga (II, i, vi)
No hay mal que dure cien años (I, xiii)
No hay mal que por bien no venga (II, ii)
No hay más que tener paciencia y hacer lomos (I, II)
No hay peor cuña que la del propio palo (I, xi)
No hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague (II, i, ii)
No hay sermón sin San Agustín (I, xii)
No dejar hacer baza (II, x)
No me traga de un sorbo ni me masca de un bocado (I, ii)

No mirar la peluca de la condesa, sino lo poco que le interesa (II, i)

No perdonar la burla (II, i, viii, ix)

No quedarse por puertas (II, i, ii)

No quita lo cortés a lo valiente (II, ii)

No se hizo el pastel para la boca del asno (II, iii)

No se hizo la miel para la boca del asno (I, v)

No suda el ahorcado y suda su compañero (I, xv)

Obras son amores y no buenas razones (I, i, viii; II, i)

Ojos que no ven, corazón que no siente (I, vi)

Paciencia y barajar (II, v)

Padece persecución por la justicia, y ha de ser sin duda
un bienaventurado (II, v)

Para cada perro ha criado Dios un palo (I, xii)

Para los toros del Tecuán, los caballos de allí mismo (I, xi)

Pasar los tormentos de Tántalo (II, viii)

Pedir las gatas (I, i)

Peor es la sábana que la cobija (I, xiv)

Piedra movediza nunca cría moho (I, iv)

Pintar en cochinilla (I, vi)

Poner a alguien como lazo de puerco (II, i)

Poner cara de *fó* (II, i)

Por el sobrescrito se saca la carta (I, ii, xv)

Pues ya que Dios te la dio, San Pedro te la bendiga (II, vi)

Qué caro cuesta tirar el maíz a las palomas por la codicia
de pillar un pichón (II, ii)

Quebrar las tazas (II, i, iii)

Quedarse a la luna de Valencia (I, i)

Quedar en opinión de hábil (I, vi)

Quedarse con el santo y la limosna (II, v)

Quedarse teniendo la peña (I, xi, xv)

Quien bien te quiere, te hace llorar (I, xv)

Quien tal hace, que tal pague (II, i)

Quitarse las puntas (I, vi; II, viii, ix)

Romperse el turrón (I, ix)

Sacar los pañalitos al sol (I, vi)

Salir como rata por tirante (II, viii)

Se le fue el santo al cielo (I, iii; II, xi)

Se le podían tostar habas en las orejas (II, iii)

Ser afortunado en el juego y desgraciado en el amor (I, ix)

Ser como el caballo de San Panuncio (II, iii)

Ser como la romana del diablo, que por todas partes entra (I cap. xiii)

Ser liebre corrida (con más agallas que un ciprés) (II, i, ii, vi)

Ser llamarada de petate (I, iv, v)

Ser moro al agua (I, xv; II, vi)

Ser tamaña lanza (II, i)

Ser una bala perdida (II, viii)

Ser una papa enterrada (I, iv)

Ser un Bartolo o un Juan Lanás (II, v)

Servir es ser vil (I, iv)

Sobre advertencia no hay engaño (II, v, vii)

Sursum corda (I, xi)

Tanto va el cántaro al pozo hasta que se queda dentro (I, xiv)

Taparle a alguien el monte (I, ix; II, i, xiii)

Tener al gato muy escondido, pero con la cola de fuera (II, vii)

Tener canilla (I, xi, xii, xiii; II, iii)

Tener en sal (II, iv)

Tentar el vado para reconocer el fondo (II, v)

Tiempo perdido, lo lloran los santos (I, xvi)

Todos para uno y uno para todos (I, vi, vii, xiv, xv; II, viii, xii, xiv)

Tragar el anzuelo (I, xii; II, i, vii)

Tras de cornudo, apaleado (II, v)

Un clavo saca otro clavo (II, v)

Un loco hace ciento (I, ii)

Una golondrina no hace verano (II, xiv)

Una mano lava a la otra, y las dos lavan la cara (II, vii)

Vale más tarde que nunca (II, v)

Venir de las Batuecas (II, viii)

Vestir la muñeca para que otro la baile (II, vi)

Vivir una paz octaviana (II, xiv)

Ya ese capulín se heló, no tiñe ni da color (II, xiv)

Yo te cantaritos con quien querubines casaca esa tepistoca (I cap. xi)

Zopilote volando sin hallar caballo muerto (II, viii)

Bibliografía citada

GONZÁLEZ PEÑA, Carlos, 1947. "Luis G. Inclán en la novela mexicana".

En *Claridad en la lejanía*, México: Stylo.

INCLÁN, Luis, 1940. *El libro de las charrerías*, ed. Manuel Toussaint. México: Porrúa.

_____ (en prensa). *Astucia*. Ed. Manuel Sol. México: FCE / Universidad Veracruzana.